

Capítulo 6

¿Y a mí, qué mierda me importa? Notas sobre sociabilidad y política en la Argentina y Brasil*

I

Llevaba años poniendo cara de "Yo también lo leí" cada vez que alguien aludía a *Você sabe com quem está falando?* El libro de Roberto da Matta¹ pasó un tiempo mirándome tentadoramente desde la biblioteca. Pero sólo hace poco tiempo lo leí y admiré. Al pasar por ese magnífico desfile de desfiles, carnavales, procesiones, *malandros* y *caxiás*, y de sentir de la mano del autor que podía reconocer muchas cosas de Brasil, este país y esta cultura que tanto me seducen, me fui dando cuenta de la razón (no muy racional, como se verá) de mi larga demora en llegar a la dirección que Da Matta hace de "Você sabe com quem está falando?": sospechar que lo iba a leer en perfecta esquizofrenia, con atención al segmento de la realidad que ese texto descubre y, al mismo tiempo, fugándome hacia los contrastes que evoca con mi país, tan cercano, tan latino y tan diferente. Porque esa interlocución la he oído muchas veces en la Argentina, muchas veces con el matiz de "¿Quién se cree que soy yo?" donde el fonema "creee", acentuado y serruchado en

* La versión originaria de este texto la preparé para el Seminario "Oportunidades e Limites da Sociedade Industrial Periférica: o caso do Brasil", IUPERJ-Berkeley-Stanford, Nova Friburgo, julio 18-20, 1983. Agradezco los comentarios de Carlos Hasenbalg sobre una anterior versión de este ensayo.

1. Roberto da Matta, *Carnavais, malandros e heróis*, Rio de Janeiro, 1978.

la frase, coloca, en contraste con "¿Usted sabe con quién está hablando?", en ese otro que está "fuera de lugar" todo el peso del lamentable error en que ha caído.

Pero al silencio, o las disculpas, o la acción sumisa del otro con que los cariocas de Da Matta cierran con éxito su ritual de refuerzo de la jerarquía social, mi porteña memoria contrapone haber oído responder muchas veces: "¿Y a mí qué me importa?", y muchas otras, "¿Y a mí, qué mierda me importa?". Ritual de refuerzo, también. Como dice Da Matta, también "el que está hablando" en Buenos Aires cumple ese ritual como forma de "traer a la conciencia de los actores las diferencias necesarias para llevar a cabo rutinas sociales en situaciones de intolerable igualdad" (pág. 165, ob. cit.). Es, en el hablante carioca y el porteño, un acto de violencia, "utilizado cuando otros medios de jerarquizar una situación dada fracasan irremediablemente" (ibíd. pág. 165). Pero, en contraste con los cariocas de Da Matta, el interlocutor porteño es, precisamente, un interlocutor: encuentra frente a sí a otro hablante. Éste, sin ceremonias, suele mandar, redonda y explícitamente, a la mierda al otro y, junto con él, a la jerarquía social sobre la cual quiso montarse.

Lo interesante es que, igual que en Río, en Buenos Aires la jerarquía social, aunque impugnada, también queda ratificada en el mismo acto. Suele ser evidente para los dos que quien se atreve a iniciar la situación está en un lugar más alto de esa jerarquía; por eso mismo tiene sentido implicar la amenaza que contiene esa pregunta-epíteto. No es el caso, también discutido por Da Matta, del "Who do you think you are?", que es un ras igualitario, porque el que así interpela está negando que el otro tenga realmente un lugar superior desde el cual hablarle y comportarse. En cambio, en "¿Y a mí qué me importa?" el interpelado no niega ni cancela la jerarquía: la ratifica, aunque de la forma más irritante posible para el "superior", lo manda a la mierda. En realidad, el "inferior" tanto presupone vigencia de la jerarquía que, como suele decirse, "se juega": por ahí la jerarquía no es irrelevante para el caso y el desplante puede costarle caro; pero "a mí nadie me atropella". Si (como casi siempre ocurre) nada pasa, la jerarquía quedó violentamente marcada y, por ambos, reforzada —pero también quedó, en el mismo acto, cuestionada en su vigencia para esa situación, ridiculizada y "ensuciada". ¿Qué puede ser más insultante que enmerdar una jerarquía tan solemnemente invocada?

Véase además que la pregunta-epíteto no se hace en "você" ("Vos sabés") sino en "usted". En cambio, la típica respuesta, con o sin palabrota, elude definirse entre el "vos" y el "usted". En contraste con los cariocas de Da Matta, el "superior" porteño trata al otro de "usted" en el mismo acto en el que trata de colocarlo en inferior, "en su lugar". Cuando no lo hace, tanto en este contexto como en otros que también pretenden reforzar jerarquías, una respuesta frecuente es: "¿Y a usted quién le dio permiso para tutearme?", con las palabras "usted" y "permiso" fuertemente recalçadas. Si en cambio la res-

puesta es "¿Y a vos, quién te dio permiso para tutearme?", la cosa ya está a un paso de la violencia física, en la cual no es nada evidente que el socialmente superior va a llevar la mejor parte. En Río, violencia acatada; en Buenos Aires, violencia recíproca. ¿Mejor o peor? Simplemente, diferente. Pero con un importante punto en común: en ambos casos, estas sociedades presuponen y reponen, cada una a su manera, la conciencia de la desigualdad.

Permítanme seguir con mis contrastantes memorias. Entre otros, *garçons, empleados de lojas* [mozos y empleados de tienda] y conductores de taxi en Río al menos, cuando hacen bien lo que están haciendo según creen que debe hacerse, sirven bien, solícitos, simpáticos —por si hiciera falta, que no hace—, ellos mismos interponen la distancia social existente. En Buenos Aires, sus equivalentes suelen hacer una serie de gestos, aproximaciones y omisiones para lograr algo tal vez antipático (pero que francamente me parece preferible): dejar en claro que no están sirviendo, están trabajando. Quien trabaja no necesita ser obsequioso; basta que cumpla con lo que entiende que es su trabajo (por ejemplo, retirar y colocar platos y fuentes de la mesa de un restaurante, o llevarnos a tal dirección). En todo caso, si va a haber alguna intimidación, suele ser iniciada por quien comienza por marcar su condición de trabajador —típicamente, el nada infrecuente tuteo con que aquéllos tratan a quien en ese momento no está trabajando sino comiendo viajando en un taxi o comprando algo—.

Esto por sí solo sería excelente; aunque no siempre garantiza agradables comidas, viajes o compras. Pero ese momento de equiparación tiene que ser puesto en el contexto de una jerarquización social que, como vimos es impugnada y al mismo tiempo reforzada en otras situaciones. En Brasil es marcada y profundamente jerarquizada, ocultándose a veces tras sus "hombres cordiales", pero encuentra su momento de mágica, aunque no irreal, transmutación en los carnavales que Da Matta me ayudó a ver. En cambio, la Argentina, sociedad también jerarquizada pero bastante menor que Brasil, tiene, en casi cualquier oportunidad que se presenta, una actitud más igualitaria (o, más precisamente, equiparadora) de las distancias sociales. Pero, como muestra en cápsula el "¿Y a mí, qué mierda me importa?", tanto por uno como por otro lado las respectivas pretensiones —marcar la diferencia y negarla, aunque sea por un minuto— son vigorosamente planteadas. Una sociedad puede ser al mismo tiempo, relativamente igualitaria, y autoritaria y violenta.

Otra repetida sensación, que converge con la anterior. Viejo gitano, uno de mis problemas es reacostumbrarme a conducir autos en diversas culturas. De los códigos —realmente vigentes y que ordenan el tránsito— de Europa y Estados Unidos, nunca me es fácil volver a ese fantástico desorden que es el tránsito de Río. Allí, como sabemos, los códigos de tránsito (incluyendo, por supuesto, las luces) son sugerencias que a veces uno puede seguir

es decir, sólo en condiciones suficientemente claras para los otros como para, por ejemplo, no ser aplastado por atrás (o asaltado por el costado) al detenerse de noche frente a una luz roja. En Buenos Aires el desorden es menor, pero tiene su precio. En Río el poder (policial), casi siempre una gran ausencia: aunque el policía esté presente, se ocupa de "infracciones" que no son tales, y si se ocupa generalmente es para conseguir la *gorjeta* que reafirma oblicuamente la intermitente vigencia de la ley "violada". Pero cuando el policía está a la vista, suele ayudar a quien, como yo, con mi acento castellano a cuestras, casi nunca encuentra los lugares donde quiere ir. En cambio, en Buenos Aires, con multas realmente caras, el poder (policial), en contra de los no menos venales intereses de sus miembros, fue obligado a esconderse;² casi, a actuar con la misma clandestinidad con que otros poderes hicieron cosas mucho más horribles: un policía que el conductor no puede ver tiene muchas más posibilidades de "cazar" infractores,³ quienes sólo se enteran de que los pescaron cuando les llegan multas llenas de ceros a la derecha que, a pesar de la abismal desvalorización del peso, duelen. En Río, el policía está casi ausente, y las pocas veces que se hace presente (si se parte de la base de que quien conduce un auto suele estar en la otra punta de la jerarquía social que el policía), todo se *ajeta*, y la *bagunça* del tránsito continúa imperturbable. En Buenos Aires el poder tampoco está para ordenar el tránsito, pero el contacto personal —que, como vimos, en Río sirve para alguna ayuda o para el "arreglo" de alguna infracción— es mucho más difícil porque ese poder se escondió para poder castigar más y mejor. Consecuencia: en Buenos Aires uno desarrolla olfato para descubrir lugares "peligrosos" (no de choques, sino de policías escondidos), donde se hace todo "como se debe" para, en la calle siguiente, volver a entrar en la ley de la selva.

Invito a recordar una experiencia: entrar durante la *rush hour* a una avenida desde una calle lateral. En Estados Unidos entre luces (respetadas) y la regla de ir pasando en el orden en que uno llegó a la esquina, ese ingreso a la avenida es poco problema. En Río es por cierto un problema; pero no tarda en resolverse, porque alguien deja voluntariamente esos segundos de tiempo para que uno pueda escurrir su auto en la gran corriente. A mí me parece más complicado que el sistema de Estados Unidos (una vez que lo reaprendo, claro), pero cada vez que ocurre me digo que tiene un lado simpático: a uno le hacen lo que otro talentoso observador, Roberto Schwarz,⁴

2. Ésta fue una de las microbellezas que implantó el régimen autoritario de 1976 en adelante. Más abajo vuelvo sobre el tema.

3. Como con perfecta lógica nos respondieron varios cuando, durante 1979, les preguntamos por qué se escondían.

4. Roberto Schwarz, *Ao vencedor as batatas*, San Pablo, Livraria Duas Cidades, 1977, págs. 13-25 y pássim.

analiza como también parte del funcionamiento de la sociedad brasileira: un favor —y no pocas veces—, un gesto cordial, agradecido con ese gesto erecto del pulgar que todavía no ha hallado al Roberto Da Matta que lo descifre.

En Buenos Aires somos aparentemente iguales: es regla que si no hay policía a la vista (o presumiblemente escondido), cada uno debe pasar primero. Por lo tanto, parte del asunto es impedir que pase el otro. La forma de hacerlo, teóricamente ilegal pero universalmente practicada, es "meter la trompa" (o "meter la punta").⁵ Resultado, los autos que se cruzan avanzan hasta rozarse: los que están cruzando, contra el paragolpes del que los precede (así no dejan pasar a los que vienen en la otra dirección); los que quieren cruzar, a milímetros del guardabarros o la puerta del que está cruzando, para aprovechar así la más mínima vacilación para acabar de meter la punta y, así, victoriosamente, inaugurar la corriente que ahora comienza a cruzar desde la otra calle, hasta que alguien "se achique" o "arrugue", y —por lo tanto— abra paso a los que vienen desde el otro lado. La consecuencia de esto es, por supuesto, una monumental ineficiencia, peleas, insultos y, muchas veces, el gesto sobrador, cuando no pulgar e índice cerrados en evocativo círculo, del que consiguió meterle la trompa al otro y lo deja, frenado y con rabia (parece título de tango), a pocos milímetros del auto que se desliza triunfante. El problema es que no hay forma de no practicar este deporte, como lo volví a descubrir hace poco tiempo. Acostumbrado al tránsito más pacífico de Río, con mi autoestima menos dependiente de seguir pasando primero (y, en parte también, debo confesarlo, porque los reflejos para meter la trompa tienden a atrofiarse, como tanta otra cosa, si uno no practica), me lancé a conducir de manera que, con inexacta pedantería (después de todo, a nadie le gustaba menos que a Hobbes el estado de la naturaleza), expliqué a uno de mis hijos que era "no hobbesiana". Pero fue peor, por una razón que a esta altura debe ser obvia: en cada esquina los que venían detrás de mí, y por lo tanto dependían de que yo metiera la punta para pasar ellos, me sancionaban con un (para mí al menos) insoportable estigma de bocinazos y críticas a mi estado hormonal (por si interesa, la historia termina en que volví a la casa del amigo que me había prestado el auto, disputando ferozmente cada esquina).

Pero esa agresiva equiparación no carece de reglas y jerarquías. Éstas no son ni el orden sucesivo de llegada de Estados Unidos ni el *jeito*-favor de Río. Quien vacila ese segundo crucial que permite atravesarse al otro es, generalmente,⁶ el que conduce un auto sensiblemente más pequeño que el del

5. Si algún lector ve en este lenguaje de "violar normas" y de "meter la trompa" o "la punta" alguna connotación sexual, declaro que yo también. Pero ni mis desordenadas lecturas, ni mis años (acostado) de diván me permiten sacarle jugo a esto.

6. Incluyo lo de "generalmente" porque el que no todos respeten las reglas todo el tiempo es lo que le da a este deporte su carácter invariablemente emocionante.

otro lado, o cualquier auto frente a un colectivo. Pero hay otras sutiles gradaciones (por ejemplo, quien conduce un viejo y descascarado auto tiene importante ventaja psicológica⁷ sobre quien conduce uno nuevo), que interactúan complicadamente con la "variable tamaño". Hay además situaciones admitidamente insolubles, tales como la intersección de dos colectivos o -peor aún, porque pone en juego los respectivos orgullos profesionales- entre un colectivo y un camión. Pero, aparte de estas situaciones inherentemente catastróficas, el problema es que mis datos muestran que la probabilidad de toparse con un auto de casi el mismo tamaño y estado que el que uno conduce es del 87 % -de manera que en la mayor parte de los casos la regla es *to play chicken*:⁸ tratar, como en el juego de truco, pero por apuestas generalmente más altas, que el otro "arrugue" primero y así pasar uno.

¿Será que estas microescenas (interlocuciones, servicios y trabajos que relacionan ocasionalmente a personas de diferentes posiciones sociales) y los más interactivamente igualitarios (porque casi siempre quienes conducimos somos de clase media o alta, y cuando alguien de las clases populares conduce está llevando a alguien de aquellas) cruces de esquina, nos revelan semejanzas y diferencias entre nuestras sociedades que también podemos reconocer, con transmutada pero tal vez no ficticia congruencia, en otros planos "más importantes".

II

Que algunas relaciones existen comenzamos a verlo a partir de una rectificación a esta altura indispensable: en realidad cuando me referí a la Argentina debí haber usado el tiempo pretérito o, más exactamente, haber hecho la salvedad de que buena parte de lo que narro quedó suspendida por varios años. El régimen implantado en 1976 secuestró, torturó, asesinó, adquirió una deuda externa que tanto per cápita como en términos de exportaciones es superior a la de Brasil (sin haber siquiera hecho proyectos faraónicos, que al menos "pagan salarios"), redujo en un 30 % la clase obrera

7. También cuando conduce una mujer (pocas, el *rush hour* es tiempo de hombres). Como es sabido en nuestras culturas, las mujeres son genéticamente incapaces de conducir apropiadamente un auto, por lo que, como me dijo un taxista: "Aquí las minas empiezan perdiendo". Cuando chocan dos mujeres es q.e.d.; cuando chocan con un hombre también es q.e.d., porque seguro que la mujer tuvo la culpa.

8. El (supermachista, *US-Style*, como dice Howard Wiarda hablando de la democracia que según él nunca tendremos) juego de *chicken* tiene muchas variantes, fruto de esa humana pasión por la violencia. Pero, que yo sepa, la versión principal consiste en dos autos lanzados por el mismo carril en la dirección opuesta; el conductor que "arruga" primero (el "gallina") y desvía su auto, pierde. A veces ganan los dos y mueren gloriosamente.

argentina. Achicó en un 25 % la producción industrial, arruinó las economías provinciales... e hizo muy, pero muy peligroso (porque realmente lo era y porque tal fue la paranoia que nos inyectó) responder "¿Y a mí que me importa?", con o sin mierda. Los personajes del régimen se hartaron de repetir que la subversión había calado tan hondo en la Argentina, y había enfermado tanto el cuerpo social (quiero ser Gran Censor por un día, para descensurar todo y prohibir las metáforas organicistas, por causa de obsceno abuso por la extrema derecha) que había que poner todo en su lugar. Los conductores de taxis y colectivos y otros "servidores" (aparte de los poco amados Servidores de la Patria que en la calle no se atrevían a usar los suyos) tenían que uniformarse: camisa celeste (color patrio) y, por supuesto, ese perfecto símbolo de todo lo duro y contraído: corbata. Más importante, como había que restablecer el Principio de Autoridad, hasta donde alcanzó el brazo del estado (y llegaba a muchas partes) el tuteo quedó prohibido. Y donde no llegaba, algunos -también llenos de odio contra esa sociedad que mandaba a la mierda pero no destruía la autoridad, contra ese pueblo insolente, agresivo y malhumorado- impusieron sus microdespotismos allí donde podían. Entre presiones y re-presiones y el crecimiento del desempleo, el trabajador en la fábrica y en el comercio, tuvo que "guardarse" su identidad de trabajador. Y, rodeando todo eso, el miedo de todos los Ubaldo⁹ que fuimos, de que alguien nos preguntara, asumiendo un derecho de tuteo que habían quitado a los demás, "¿Vos sabés con quién estás hablando?". Y que ese alguien tuviera poder de vida o muerte, o de empleo o hambre sin recurso alguno ante nadie. Incluso en la calle: como ya comenté, hasta la policía de tránsito, en concierto con quienes se ocupaban de enfermedades mucho más graves del cuerpo social, se clandestinizó. Por su lado, las fuerzas de seguridad (en esas circunstancias una curiosa denominación), se obsesionaron con el potencial subversivo de los jóvenes, sobre todo aquellos con pelo largo y sin saco ni corbata; esto hizo, por ejemplo, de mis hijos recurrentes candidatos a ser "enderezados" (y rapados) mediante el inculcamiento, durante un par de días en alguna comisaría, del debido respeto al orden y la autoridad. Incluso el temor de meterle la trompa a alguien que con sus armas y su anonimato de *gangster*, podía hacernos, literalmente, cualquier cosa. Entonces, la calle y la escuela, y el lugar de trabajo y la oficina pública, fueron el lugar del sometimiento y del miedo; o -para usar una palabrota de mi disciplina- de la descuidadización. La experiencia del violento arbitrio con que los que *salan* someten a la *favela* y la villa miseria, fue de todos, en tal grado que ni aun los momentos más represivos en Bra-

⁹ El autor se refiere a un personaje cómico brasileiro caracterizado por una aguda paranoia [N. del E.].

sil aproximaron esa pasión autoritaria, al someternos a todos a la desgracia que hasta entonces era de pocos y nos igualó en la común experiencia de —por las dudas— callarnos la boca frente a cualquiera que pusiera gesto de mandón.

Pero no es éste el lugar para seguir volcando la rabia que se me escapa. Aquí me interesa señalar que esa sociedad —como Brasil, aunque de maneras diferentes— ya era autoritaria y violenta, y que también era —en contraste con Brasil— bastante igualitaria. Así el tuteo, el “Yo trabajo, no soy sirviente”, el “¿Y a mí, qué mierda me importa?” (y en general, todo lo que estaba “fuera de lugar” con tanto rebelde e insolente) fue, con perfecta racionalidad, blanco de un feroz *pathos* represor. La violencia dirigida contra esos estilos y costumbres —por el gobierno y, también, por los numerosos *kapos* que aparecieron en aquellos años de campo de concentración— estuvo dirigida contra algo que realmente molestaba, por sí y por lo que, correctamente, los mandones, civiles y militares, entienden qué significa: un pueblo insolente y agresivo que —para colmo— contagiaba sus plebeyas posturas a buena parte del resto. La Argentina post-1930, con su secuela de fábricas, ricachones de extraños apellidos, sindicatos, pleno empleo, “demagogos” y —condensando todo eso— el peronismo, ese país ingobernable, según una derecha incapaz de producir desde hace décadas una idea de algún vuelo, ese país finalmente, a partir de 1976, iba a ser puesto en su lugar.

Lo terrible era que ese país estaba lejos de ser democrático. Sin necesidad de ir más hacia atrás, fue notable la ausencia de valores, discursos y prácticas democráticas en la política, así como también en las principales organizaciones de la sociedad, durante el período de loca violencia que precedió al golpe de 1976.⁹ Insisto sobre dos puntos: igualitario e individualista no es igual a democrático, y mandar a la mierda a quien invoca la jerarquía social, es ratificarla (aunque sembrando odios), no superarla o disolverla.

Aunque menos que Brasil, la Argentina era un país socialmente desigual (aunque era básicamente cierto que “aquí nadie pasa hambre”) y hoy —después del minucioso ataque llevado a cabo contra la Argentina plebeyalo es más aún. Somos más desiguales que antes, pero tal vez tengamos más posibilidades de ser más democráticos y, si la palabra no escandaliza demasiado, más civilizados en nuestros patrones de convivencia social y política, pero no porque seamos más desiguales, sino porque la forma increíblemente brutal con que se intentó consolidar esas desigualdades abre hoy la posibilidad (es sólo eso, pero es novedad) de que sean más aceptados ciertos va-

9. Este tema y otros con relación al período previo al golpe de 1976 en la Argentina los discuto en *El estado burocrático-autoritario: Argentina 1966-1973*, ob. cit.

lores y prácticas más democráticas y convivenciales, aunque el tránsito sigue igual y los *kapos* que conocí siguen en sus puestos en escuelas y lugares de trabajo, culpando todo al “desastre de las Malvinas”.

Pero dejemos estas consideraciones y volvamos a Brasil.

III

No me llama tanto la atención la distancia y la clara demarcación de jerarquías sociales en Brasil —evidentes— cuanto la capacidad de *producir* esa jerarquización en casi todos los contextos a que me he asomado. Eligiendo un ejemplo entre muchos, en los momentos que me dejan libre mis investigaciones sobre esquinas, palabrotas y ómnibus, me fascina observar el complejo sistema social del edificio de departamentos donde vivo, y los de la agradable cuadra de Leblon donde aquél está situado: abajo del presidente del consorcio y de los distinguidos *moradores* que son propietarios y no hacen ruido de noche, se extiende una compleja y fuertemente jerarquizada estructura social: portero principal, portero ayudante, vigía nocturno y *fachineiros* [encargados de la limpieza], más ese fluctuante ir y venir de empleadas domésticas y proveedores, y de señoras que dan por sentado que alguno de aquéllos se va a abalanzar a ayudarlas con sus paquetes. En esa jerarquía nunca deja de sorprenderme, primero, el tono lejano con que los *moradores* dan órdenes y reciben servicios;¹⁰ y segundo, y aún más, la fuerte jerarquización de las relaciones entre aquellos “servidores”. En la Argentina, en primer lugar, en un lugar como ése (y en muchos otros) hay siempre menos empleados (residuo, seguramente, de largos años de pleno empleo). Además, el portero no tiene la más mínima sospecha de que *deba* abrirnos la puerta, ni ayudarnos a cargar paquetes, cuando lo hace queda claro que es una ayuda estrictamente voluntaria y uno debe agradecerla como tal. Además, cuando hay más de un portero, aunque uno se llame “principal” y otro “ayudante”, o establecen algún contrato de equiparación entre ellos (que, sospecho, incluye, al estilo de los acuerdos en la fábrica para no excederse en la cadencia de trabajo, el no excederse en sus “atenciones” con los *moradores*), o pronto uno o los dos se habrán ido golpeando fuerte la puerta de entrada... en dirección al sindicato.

10. Otra característica que me sorprende (y que supongo tiene que ver con la respuesta sumisa, verbal o no, que presupone el “¿Você sabe com quem está falando?”) es qué poco se mira al subordinado cuando se le da una orden o se recibe de él un servicio; como si la persona de éste no estuviera allí, sólo el acto demandado o recibido. En la Argentina el tácito pero elocuente “¿Usted quién se cree que soy yo?” de quien tiene ese displicente no mirar, se expone a recibir la respuesta que no voy a repetir para no seguir enmerdando este ensayo.

Claro, por el otro lado está el carnaval.¹¹ Y *umbanda*, sobre la cual nada sé, pero me encanta leer lo que sobre ella escriben los antropólogos. Y muchas cosas más, que los brasileros conocen tanto mejor que yo. Pero además hay otras cosas que no sé si se advierten como puede hacerlo un extranjero. Una es la extraordinaria cordialidad (y aquí no acepto que me digan que es máscara o afectividad superficial)¹² de los brasileros con los niños: para quien viene de un país que por momentos pareció enamorado de la muerte, incluyendo agudas necrofilias y necrofobias, esas cariñosas aproximaciones parecen magníficas señales de amor por la vida, por lo aún frágil y por el futuro (pensemos, en otra dirección, en el colosal amor por los animales domésticos y desamor por los niños en Estados Unidos y Europa nórdica). Otra, que va a provocar rugidos de furia en mis más ardorosos amigos, es algo casi increíble para mí, de este *povoão* [populacho] tan, pero tan explotado: la alegría con que tantas veces lo veo trabajar, y su capacidad de hacer música –viva, alegre y con *swing*– trabajando, o antes o después de durísimas jornadas de trabajo y transporte. Sé que éste no es el mundo de la fábrica –que no conozco en Brasil– ni el de la *Baixada* Fluminense y sus equivalentes, a los que apenas me he asomado. Pero también son muchos los que, viviendo o no en aquellas *Baixadas* y apiñados o no durante horas en esos horribles omnibus, tienen esa, dadas las circunstancias, prodigiosa capacidad de sonrisa y buen humor.

Ya lo sé, y va a ser parte (nada original) de mi argumento: todo lo mencionado, y muchas cosas más que el lector sin duda agregará, es extraordinariamente eficiente para consolidar las fenomenales desigualdades sociales existentes en Brasil. Pero no hace falta saltar de inmediato hacia grandes conclusiones, sobre todo si uno tiene en la retina la imagen de otras sociedades *trade offs*, que les dicen. Me lanzo ahora por este proceloso camino, avisando que estoy por dar un salto de lo micro a lo macro que soy incapaz de defender con razonable rigor.¹³

11. Si, como señala Da Matta, el carnaval en Brasil es un ritual de inversión, y si, siguiendo a aquél pero usando un término que me parece preferible, el fútbol es un ritual de equiparación, hay otra dimensión de equiparación que me parece notable. Supongo que sobre esto debe haber medulosos estudios, pero como no los conozco me atrevo a mencionarlo: se trata de la música popular, que es “popular” entre todas las clases, cosa muy poco presente en otros países, y no ciertamente en la Argentina.

12. Y, si me lo dicen, invento un feo neologismo: “cariñosidad”.

13. Respecto de esto, estoy en el mismo nivel de sofisticación de “No sé si hay brujas, pero que las hay, las hay”. Estas relaciones entre lo micro y lo macro con alta probabilidad no son las que en su tiempo postularon las teorías psicológicas de la modernización, o del carácter nacional, o de la personalidad autoritaria, o de “congruencias” al estilo de Harry Eckstein, pero que hay relaciones, las hay.

IV

Comienzo por la Argentina. Esta sociedad individualista, llena de confrontaciones que no resuelven nada pero activan la furia de los más poderosos, sin tradición de un liberalismo razonablemente vigoroso, y que, a pesar de cierta “democraticidad” en el trato inter-clases, hace muchos años que no vive nada parecido a una democracia que perdure como para lograr algunas raíces, esa sociedad no puede sino tender a suscitar autoritarismos más violentos, radicales y comprensivos que los que ha sufrido Brasil. La confrontación del “¿A mí qué mierda me importa?” impugna la jerarquía pero no la cancela y –agrego ahora– ocluye los espacios de generalización, es decir de elaboración de una relación más o menos estable, y relativamente aceptable para las partes. Entonces sólo queda seguir re-actuando esa relación, o que el “superior” logre imponer violentamente otra, más “respetuosa”.

Esa tendencia hacia la oclusión de espacios generalizables se advierte también en planos más generales. Los actores de la política argentina han sido corporaciones: fuerzas armadas, asociaciones empresariales urbanas, asociaciones empresariales rurales, sindicatos e incluso segmentos “privatizados” del aparato estatal, todos ellos defendiendo directamente en las grandes arenas públicas lo que entienden sus intereses. Este corporativismo anárquico, un verdadero pretorianismo de masas, ha dejado pocas oportunidades para la formación de una sociedad política y, con ella, para la emergencia de los partidos políticos como mediadores y generalizadores de intereses. Atrás de esas confrontaciones escasamente mediadas, el aparato estatal ha bailado al compás de las fuerzas de la sociedad, más como campo de batalla que como instancia de formulación de intereses más generales que el de las corporaciones y clases en conflicto. Si los minidramas de las confrontaciones individuales despliegan una apariencia de igualdad que no deja de ratificar las distancias existentes, de forma que además siembra resentimientos y ocluye posibilidades cooperativas, en estos planos más agregados ocurren cosas curiosamente parecidas. Las confrontaciones del corporativismo anárquico, que vienen de una complicada historia que no es el caso narrar aquí, también tienen esa apariencia de igualdad (hasta el punto de haber justificado el gran argumento de la derecha en los últimos 30 años: que el gran problema de la Argentina es sólo el peronismo y tras éste, y sobre todo, los sindicatos) sustentada en que a veces los sindicatos y otras fuerzas populares consiguen revertir políticas que los afectan negativamente.¹⁴ Pero atrás de esa apariencia ocurren otras cosas muy diferentes. Una es

14. Parte de esta historia, y sus espirales, la he analizado en “Estado e Alianzas en Argentina, 1956-1976”, *Estudios CEBRAP* 21, 1977. (En este libro véase el capítulo I [N. del E.])

que esas confrontaciones nada tienen de democrático; al contrario, se juegan con recursos, y atrás de concepciones de lo que es el "otro" que, como sugerí, anulan una y otra vez los espacios posibles de acuerdo, cooperación y establecimiento de reglas más o menos estables y generalmente compartidas. Además, igual que en los ejemplos *micro*, ese juego aparentemente igual presupone y de hecho ratifica profundas desigualdades sociales y, con ellas, profundas diferencias en la distribución del poder: así, contra lo que no pocos han argumentado, desde 1955, o por lo menos desde 1966, y con toda seguridad desde 1976, la situación argentina ha estado lejos de ser un "empate". Por el contrario, después de varias vueltas de estas espirales —en algunas de las cuales, es cierto, ha aparecido ganando— es innegable que el sector popular argentino sufrió una parte más que proporcional de la destrucción que la Argentina ha venido infligiéndose a sí misma.

Sin arenas, entonces, de generalización de intereses, discursos y metas y, por ello, con una protopolítica en la que se aprende que en el corto plazo gana (siempre en el corto plazo, pero en un juego así nunca hay más que eso) el que más puede amenazar o dañar al otro, ni partidos, ni parlamento ni otras instituciones de la democracia han logrado enraizarse. Nada más débil que los partidos y el parlamento (de tan intermitente existencia, por lo demás) frente a las fuerzas sociales de ese anárquico corporativismo. Cada una de ellas mete la trompa, retruca y manda a la mierda la pretensión de la otra..., hasta que esa serie de confrontaciones encuentra a algunos —no casualmente, los más débiles en una sociedad de clases— exhaustos y a otros reclamando la suprema violencia que, ahora sí, con las armas en la mano, elimine a algunos y ponga finalmente a todos en su lugar.

La reiteración de golpes militares en la Argentina y la reiteración de sus fracasos puede entenderse desde esta perspectiva: el intento de emergencia de un poder que, a punta de bayonetas, quiere constituirse en un poder supremo para, desde allí y con ayuda de sus sempiternos aliados (los de clase y las innumerables vocaciones autoritarias que florecen en contextos como ése), ordenar serialmente una sociedad hasta ese momento "desubicada"; los de arriba, arriba y mandando; los de abajo, abajo y obedeciendo —y en todo caso, agradeciendo las paternales preocupaciones que los de arriba les dispensarán cuando las cosas se hayan "enderezado"—, y los del medio, viviendo su eterna esquizofrenia, mandando y obedeciendo, pero sabiendo claramente a quién mandar y a quién obedecer. Pero en la Argentina los reiterados —y violentos— triunfos de los que han querido imponer ese orden han sido, siempre, transitorios: no bien se sintieron triunfadores, los de arriba —haciendo lo que aprendieron primero y luego enseñaron al resto de la

* El autor se refiere al capítulo 4 de este libro [N. del E.].

sociedad—¹⁵ empiezan a devorarse entre ellos, los de abajo no tardan en explotar y los del medio nuevamente no saben a quién mandar ni obedecer. Hasta ahora, como ni los de arriba ni los transitorios perdedores tuvieron en el camino posibilidad de descubrir los valores y mecanismos de la democracia, entonces, en la siguiente vuelta de la espiral, cuando cada uno ratificó sus motivos y visiones antagónicas, el juego ha sido aún más confrontacional, y también más brutal ha sido el intento de imponer un "orden" que fue, también cada vez más, autoritario y brutal. Todo esto ahora puede cambiar, pero para que cambie hay que darse cuenta de la lógica de esas espirales.

Por cierto, la guerrilla mucho contribuyó a la brutalidad del golpe de 1976. Pero por otro lado, ella misma, y el apoyo que en algún momento tuvo de la población,¹⁶ y la irresponsabilidad con que buena parte de la *intelligentia* legitimó, a derecha y a izquierda, su violencia favorita, todo eso fue producto del aprendizaje perverso hecho en anteriores espirales. Pero además de la brutalidad y crueldad de lo que ocurrió antes, y sobre todo de lo que ocurrió después del golpe de 1976, hay que anotar la capilaridad de esa represión: lejos de limitarse sólo a los actores de la gran política y a la guerrilla, esa represión se dirigió a todos los rincones de la sociedad, incluso a lo aparentemente más inocente del cotidiano. Por eso el régimen inaugurado en 1976 fue tan "extremista", tan violento y, como algunos sólo vieron al final, tan loco: había, para los gobernantes, que cortar de cuajo la verdadera causa de la "subversión", que no estaba ni en el aparato estatal, ni en la sociedad política, ni siquiera en las cúpulas de ese corporativismo sin tutela, sino en los rincones de la sociedad, en su capacidad —antagónica, altanera y

15. No cabe duda de que históricamente la derecha —desprovista de votos y siempre temiendo las plebeyas avalanchas que sus propios comportamientos fomentaban— fue la que inauguró en la Argentina las prácticas autoritarias y confrontacionales que aquí discuto. Esto no obstó para que, hasta salir a apoyar el siguiente golpe, esa derecha y sus intelectuales se rajaran las vestiduras ante las "inclinaciones autoritarias" de sus antagonistas.

16. Aunque la metodología usada puede haber dado lugar a márgenes de error relativamente grandes, no deja de ser espectacular que una encuesta encargada por el gobierno nacional durante el período inicial de la guerrilla (1971) en la Argentina diera un total de 49 % de respuestas de claro apoyo a aquella (Buenos Aires, Rosario y Córdoba); más tarde, a medida que las acciones de la guerrilla iban perdiendo su imagen de *Robin Hood*, y que se hacían ostensibles sus enfrentamientos con buena parte del peronismo —y, finalmente, con el propio Perón—, ese apoyo cayó fuertemente, ya antes del golpe de marzo de 1976. Pero de todas formas, aquella simpatía —tal vez sólo equiparable a algún período de los Tupamaros en el Uruguay— da una dimensión de lo mucho más central que —aparte de haber emprendido muchas más y más ambiciosas (o locas) acciones— fue este fenómeno en la Argentina que en Brasil; debe considerarse, además, que en contraste con Brasil en 1968 y 1969, los años del auge de la guerrilla en la Argentina (aproximadamente 1970-1975) coexistieron con una gran ola de huelgas y movilizaciones populares. Los datos aquí mencionados los discuto con más detalle en *El estado...*, ob. cit., capítulo 10.

plebeya- de retrucar todo el tiempo sin dejar de jugar un juego en el cual, si ninguno arruga, se acaba mostrando las cartas y gana el que tiene el as de espadas.

Y nuevamente fracasó. Este fracaso, nueva vuelta de una espiral destructiva a la que sólo le faltaba lo de las Malvinas, deja en claro el inmenso costo, y la cada vez más sesgada distribución de esos costos, de no haber encontrado hasta ahora el otro polo de la alternativa para esa sociedad que invita pero también rechaza tanto esos autoritarismos: un régimen democrático, un conjunto de reglas, razonablemente vigentes, para regular una competición razonablemente civilizada. Si en Brasil al menos hasta hace poco se temió la "argentinización", en la Argentina llevamos décadas sintiendo que hemos tocado fondo y que pronto ocurrirá nuestra "bolivianización"; ahora, con la desolada sobriedad de haber descubierto que lo que nos esperaba en el fondo del pozo era nuestro propio esqueleto, tal vez la necesidad de aquel régimen pueda ser reconocida.

V

Pido tolerancia por lo que va a ser un nuevo cambio de tono. Sobre Brasil puedo hablar con más serenidad, no por ajeno a mis afectos (que no lo es) sino porque, simplemente, con todos sus problemas, injusticias y crisis actuales, su historia no ha pasado por las catástrofes que han marcado la historia argentina.

El libro de Da Matta me impresionó porque logra mostrarnos ciertos núcleos de relacionamiento, y de dimensiones de orden y desorden, que reaparecen, transmutados pero reconocibles, en escenarios más globales. Brasil es, desde hace tiempo, una sociedad serialmente ordenada, con prolijas y tajantes demarcaciones. Por eso, como sugiere Da Matta, uno de sus principales rituales -el carnaval- es un momento de reversión radicalmente igualizante. La Argentina carece de carnavales. Sus grandes rituales son dos. Uno, los desfiles militares y, otro, las ceremonias del poder estatal que, como también señala Da Matta, escenifican lo desigual y jerárquico, y así crean la contrafigura (como en Brasil lo hace el carnaval, pero al revés) de nuestro tumultuoso pseudoigualitarismo. El otro gran ritual son las grandes manifestaciones políticas que con sus consignas, cantos y bombos son esa parte -popular y plebeya- del país que a veces se junta para expresarse colectivamente.

En Brasil, en cambio, las clases populares siempre han estado "en su lugar". Cierta, la historia de Brasil, desde la esclavitud inclusive en adelante, está puntuada por rebeliones que muestran hasta qué punto ese orden es un orden impuesto; pero esas rebeliones no han logrado cristalizarse en organi-

zaciones o identidades colectivas que ocupen, con relativa pero no insignificante autonomía, un lugar propio bajo el sol de las clases dominantes. Sabemos, también, que ese orden se sostiene con diversas violencias,¹⁷ comenzando por las del cotidiano de la *favela*, la pobreza, el desempleo y la carencia de derechos laborales que, sin ir más lejos y a pesar de las brutales interrupciones de sus actuales regímenes, en la Argentina, Chile y el Uruguay hace décadas se dan por sentados. Estoy diciendo que la de Brasil es una *sociedad* más autoritaria, en las que las clases dominadas son menos clases y donde la violencia que garantiza ese orden está mucho más institucionalizada que en la Argentina y también (aunque cada uno tiene su historia específica en la que no puedo internarme aquí) que en Chile y el Uruguay.

Además, en Brasil ese orden es diariamente reimpuerto sobre sus sectores populares por medio de extraordinaria violencia policial, que enseña a los que la sufren en los cuerpos, y a los que la miran, su carencia de elementales derechos. Pero aunque sociedad y estado no son esferas separables (aunque sean analíticamente distinguibles), y aunque el término que voy a usar se debe entender en su sentido más lato, esa violencia reforzadora de la serialidad de la sociedad brasilera es, si se quiere, protopolítica; esto es, suele ser -en siniestra ratificación de las características más globales que estoy tratando de delinear- notablemente independiente de las opiniones y afiliaciones políticas que pueda tener -o, más frecuentemente no tener- la víctima. Este patrón dominante en el Brasil urbano¹⁸ contrasta (con la parcial y cambiante excepción de las villas miseria) con el menor grado de represión protopolítica del sector popular en la Argentina. Pero también contrasta con el fenomenal grado de represión directa y explícitamente política que -sobre todo en el período post-'76, pero también antes, durante previas vueltas autoritarias y antipopulares de las espirales argentinas- se desata de tanto en tanto contra el sector popular argentino; además, y como señalé en *pasant*, esos períodos también sueltan los lobos de la represión protopolítica, sobre la base -precisamente- del intento de desciudadanizar a los miembros de ese sector popular. Estos patrones más discontinuos de represión del sector popular en parte reflejan y en parte reproducen las oscilaciones globales y las percepciones fuertemente antagonísticas de la política argentina. Los patrones más permanentes y protopolíticos en Brasil también reflejan y reproducen procesos más globales, incluso el grado comparativamente alto de despolitización de un sector popular sometido a una violencia obviamente estatal pero poco obviamente "política". Hay violencias y violencias, y con-

17. Véanse Renato R. Boschi (comp.), *Violência e Cidade*, Rio de Janeiro, Zahar Editores, 1982 y Ruben G. Oliven (comp.), *Violência e Cultura no Brasil*, Petrópolis, Editora Vozes, 1982.

18. Sería demasiado atrevimiento de mi parte decir algo sobre el sector rural.

secuencias más o menos ratificadoras o subversivas del "orden" que con esas violencias se intenta resguardar o implantar.

Personalmente, me parece peor esa violencia más sistemática, institucionalizada y embozada de Brasil. Pero, por esto mismo, porque la *sociedad* brasileña está tan estructurada —como vimos, no sólo por sí misma sino también por segmentos del aparato estatal que oprimen el cotidiano del sector popular— el *régimen* autoritario brasileño (y el *estado* en el que se cristalizan ciertas relaciones de fuerza y apoyos sociales) ha sido menos autoritario que sus congéneres del Cono Sur —lo cual, si vemos lo que estos últimos han hecho en la última década, incluso a los respectivos sectores populares— es mejor. Ésta es una diferencia, no una paradoja ni una opción que uno deba hacer, y como tal diferencia merece ser explorada.

Pensemos en "nuestros respectivos golpes". En Chile, donde la sociedad política ocupaba el gran espacio que nunca ocupó en Brasil ni en la Argentina, los partidos eran los articuladores de la sociedad, a la que realmente representaban, como sus mediadores y generalizadores, en la escena política y en el aparato estatal. En esa sociedad intensamente politizada, fue por los caminos de la institucionalidad de esos partidos y del régimen que ellos formaron que la izquierda llegó a controlar parte del aparato estatal. Esto dibujó los principales blancos contra los que se dirigió la represión a partir del golpe de 1973 en Chile: el personal de la izquierda en el gobierno, los partidos de izquierda y el denso tejido de organizaciones populares (incluso sindicales) que estaba, casi literalmente, "afiliado" a esos partidos. Así, porque la amenaza al orden establecido, mediada por la franja izquierda de la sociedad política, recorría verticalmente esa formación social, la represión en Chile tuvo —con la lógica perversa pero no ilógica que tienen estas cosas— no sólo la brutalidad sino también la extensión que tuvo.

Contrastemos con Brasil en 1964. Allí la amenaza que se buscó cortar ocupaba, comparativamente, poco espacio en la sociedad y algo más en el aparato estatal. Si pensamos en Chile, el Uruguay o la Argentina, en Brasil fue muy poco lo que hubo de movilización obrera y del campesinado —y cuando la de éste pareció que comenzaba a tomar un vuelo que era apenas incipiente comparado con Chile, no ya de Allende sino de Frei—, el golpe de 1964 ya estaba casi ocurriendo. Además, el discurso radicalizante en Brasil era mucho más moderado que el de la Unidad Popular en Chile, y no provenía de mucho más que algunas personas en el aparato estatal que, con escasos apoyos sociales o políticos, se acercaban al precipicio, más que por las metas que esbozaban, por sus ambigüedades respecto de cuestiones tan urticantes como la disciplina militar o su propia voluntad de jugar el juego constitucional. Tanto fue así que Castelo Branco y su gente creyeron que se trataba de purgar esas personas, más algunos políticos, jefes militares y dirigentes de organizaciones populares para que las cosas llegaran, sin mucha

demora, al cauce "normal" de una democracia muy elitista gobernando una sociedad muy serializada. Tanto fue así, también, que —insólito, si pensamos en el Cono Sur— se creyó que hasta esos partidos y ese Congreso, previas purgas, es cierto, podían seguir funcionando; no hacía falta ni siquiera censura a los medios de comunicación, porque la "subversión" no parecía haber penetrado mucho una sociedad que se había movilizadísimo bastante más para demandar el golpe que para apoyar a los que éste iba a destituir. Después, los golpes que se fueron dando adentro de aquel golpe tampoco fueron consecuencia de que el sector popular explotara contra el régimen, a pesar de un par de huelgas notables tanto por sí mismas como, comparativamente con el Cono Sur, por su excepcionalidad en un medio de general acatamiento. Incluso las protestas estudiantiles y la guerrilla fueron, en un grado que basta contrastar con el Uruguay y la Argentina, acciones cuya audacia no logró raíces en la población. Ratificada así una dominación social que no inventó pero que acentuó —y cada vez que fue "necesario" ratificó con similar brutalidad a la de sus congéneres—, el régimen brasileño ofreció, a una economía internacional por entonces en veloz expansión, la gran prenda del "milagro" económico: una "paz social" que parecía garantizada a largo plazo y una fuerza de trabajo excepcionalmente barata. También, aunque las crisis sucesorias señalaban que no le vendría mal ratificarse por mecanismos electorales (que ese régimen menos "extremista" que sus congéneres del Cono Sur había tenido el buen sentido de no abolir por entero), Brasil ofrecía una estabilidad de políticas y una impenetrabilidad a "tentaciones demagógicas" que contrastaban espectacularmente con las de sus vecinos. Así Brasil creció espectacular, desmesuradamente, amplió enormemente su base productiva, se multiplicaron su clase obrera y sus sectores medios modernos, ratificó sus desigualdades sociales y se metió de cabeza en la crisis actual.

En cambio, Chile y la Argentina —Chile por caminos todavía democráticos, la Argentina en sus espirales cada vez más autoritarias— dotados ambos de un sector popular más activo y organizado que el de Brasil, en aquellos años cruciales de gran expansión de la economía mundial lo que menos podían garantizar era "paz social" y vacunas "antidemagógicas" en sus gobiernos. Así, luego de mil vericuetos de sus historias, que ciertamente no estaban predeterminados pero hacia los cuales los dados ya habían sido cargados, y en los cuales aquellos sectores populares fueron victimizados con una crueldad que sólo puede entenderse como venganza de muchos y viejos rencores, Chile y la Argentina (y el Uruguay, que tiene su historia y estructura particulares, que sólo abusivamente podría abarcar en mis referencias a Chile y la Argentina) han sufrido un autoritarismo más brutal que el brasileño, enfrentan una crisis económica y social más profunda, su base productiva y su clase obrera se han encogido y parte de los sectores medios modernos se encuentra en el exilio.

Contrastemos ahora con los golpes argentinos. Ya en el de 1966 era cierto lo del de 1976: aquellos contra los que el golpe se dirigió, los "subversivos" que en cada uno de nuestros países se quiso extirpar, no estaban en el aparato estatal (como en Chile y Brasil) ni en la dirección de los partidos políticos (como en Chile y, parcialmente, en Brasil) ni siquiera en la cúpula de los sindicatos (como en Chile). Al contrario, el gobierno, el parlamento (por lo poco que importaba), la dirección de los partidos y la cúpula de los sindicatos estaban, bastante antes de 1976, en cualquier cosa menos en fomentar la activación política de la población, mucho menos en radicalizarla. ¿Dónde estaba entonces la subversión contra la que se dirigió tanta, tan brutal y tan capilar represión? Estaba, es cierto, en las organizaciones guerrilleras, pero desde 1975 ellas se hallaban en claro retroceso y, desde su excomunión por Perón en terrible rito cumplido —por supuesto— en la Plaza de Mayo, su peso político había disminuido sensiblemente.¹⁹ La subversión estaba, como señalé antes, en la sociedad, lejos del aparato estatal y de las grandes escenas de la política: en innumerables huelgas salvajes, en negociaciones mano a mano —y no pocas veces revolver por medio— de salarios y condiciones de trabajo, en cantidad de comportamientos que otros sentían como insostenible insolencia,²⁰ en universidades enloquecidas²¹ y en todas las palabrotas que se podían proferir a militares y burgueses aún aterrorizados por la guerrilla.

19. Un buen estudio sobre la principal organización guerrillera y sus avatares es Richard Gillespie, *Argentina's Montoneros: the soldiers of Peron*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982.

20. Para volver a las anécdotas: En 1975, caminando por el centro de Buenos Aires, me topé con un viejo compañero de escuela, director de uno de los principales bancos privados argentinos. Con absoluta furia me tomó del brazo y me llevó un par de cuadras a ver lo que estaba pasando, en "su" banco, mientras me explicaba que no era nada que estuvieran en huelga, o que le hubieran prohibido entrar al local, porque eso ya era "pan de cada día"; lo realmente grave era lo que los empleados estaban haciendo en ese momento: confieso que me asombró cuando, al aproximarnos al local de ese banco, que ocupa casi una manzana, vi que habían corrido todos los muebles y dos tumultuosos *teams* jugaban allí un entusiasta partido de fútbol. Pero esa rabia no era nada comparada con la que, con su miedo, masticaban los numerosos empresarios y ejecutivos —no sólo los militares, que pasaron a vivir en guetos fortificados— que, además de contratar guardaespaldas para ellos y sus familias, cambiaban cada día las rutas hacia su trabajo, no sin razón, porque secuestros y asesinatos de sus pares se conocían casi cada día.

21. Aun considerando la tendencia a hiperradicalizarse de nuestras universidades, estoy convencido de que lo que ocurrió en la Argentina durante esos años, sobre todo en las universidades públicas, superó ampliamente todo lo conocido. La mezcla de Perón (algo selectivamente leído, es claro) con Fanon, Guevara y Mao resultó particularmente intoxicante e hizo su no insignificante contribución a la fenomenal resaca que todos sufrimos poco después. El fenómeno alcanzó hasta los colegios secundarios, cuyos directores y profesores, años después, mostraron el odio que habían acumulado contra "los jóvenes". Como me dijo el encargado de "disciplina" de uno de los colegios públicos más prestigiosos de Buenos Aires: "Todos estos chicos son malos, muy malos; la única forma es hacerlos sufrir, para que aprendan a obedecer".

La subversión estaba también en el paisaje lunar de las calles por la noche. Transmutando pero también ratificando en su dimensión más destructiva algunos de los temas ya apuntados, las calles eran propiedad de asesinos anónimos que mataban o secuestraban a víctimas también, casi siempre, anónimas. Los militares, ya preparando el golpe, se habían lavado públicamente las manos para, en privado, articular con López Rega y sus secuaces el sistema de asesinatos y secuestros que, después de marzo de 1976, lanzaron a todo vapor. La guerrilla, creando —casi— una situación de poder dual, que sin embargo no tenía revolución a la vista, practicaba su "justicia" de —también— muertes y asesinatos. Y también había el *gangsterismo* de ciertos dirigentes sindicales y de ciertos grupos empresarios, y el *gangsterismo* de *gangsters* "privados", también revolver en mano o chantaje de por medio. Todo eso en ciudades en que —también transmutación y premonición de lo que ocurriría poco después— el "brazo específico" del estado en la calle —la policía— se había escondido: llenos también ellos de miedo, por las noches se atrincheraban en las comisarias y hasta que, como para los demás, el día diera alguna seguridad, dejaban la noche de la calle abierta para que todos aquellos asesinos metieran la punta (de sus ametralladoras) a quien querían. Esta experiencia (que sólo podemos *realmente* empatizar con algunos centroamericanos) fue la grotesca simbolización —que después de 1976 llegaría a su límite con la total apropiación de la calle, noche y día, por los asesinos que habían ganado— de una vieja historia: la apropiación de lo *público* por conflictos sin mediación (mejor, con exclusiva mediación de una creciente violencia) por actores cada vez más privados y particularizados y, atrás de eso, la autodestrucción de todo plano de generalización de intereses o de una convivencia civilizada o como quiera llamarse a "eso" tan primordial para ser-en-sociedad, que aquella caótica violencia tan prolijamente destruyó.

Por eso, los asesinos que se soltaron en 1976 mataron a pocos en aquellas cúpulas (cuanto más, se los acusó de corrupciones que, reales o no, sus marciales jueces superarían mil veces), y por eso la represión se extendió capilarmente, y fue tan terrorista, sobre el conjunto de la sociedad. Era allí que estaba el enemigo, allí estaban las innumerables variantes de "¿A mí qué mierda me importa?" que ese golpe quiso liquidar de una vez por todas.

Chile, formación social articulada por y desde la *política*, masacrada verticalmente alrededor de ese eje. Brasil, autoritarismo *socialmente* implantado por una sociedad y por un estado que fue, sólo en parte, "subvertido" por quienes tal vez intentaron pero escasamente lograron sacudir el "orden"; por eso fue relativamente fácil y requirió mucho menos represión (aunque cada acto en particular fuera tan cósmicamente horrible como cualquier otro) *decapitar* esa amenaza argentina, igualitarismo no democrático, corporativismo anárquico que invadía, casi cancelando, la sociedad política

y buena parte del aparato estatal, donde como no había casi nada que decapitar, como la derecha dijo, de lo que se trataba era de *todo el cuerpo*.

Si pudiéramos sumar los micro y macro horrores de cada autoritarismo —los que ya vienen socialmente implantados y los que se intenta implantar políticamente contra sociedades más rebeldes—, tal vez el total de ese fútil ejercicio sería similar. Pero no es lo mismo, aunque las implicaciones de esas diferencias sean tan difíciles de trazar en el pensamiento y, más aún de evaluar, política y prácticamente, desde el ángulo de valores, para llamarlos por su nombre, humanitarios y democráticos. Propongo explorar estos caminos, desde una óptica no menos confusa pero algo menos melancólica que las seguidas hasta ahora: la de los caminos *posibles* hacia la democracia de estos países nuestros, tan parecidos y —como aquí recalco— tan diferentes.

VI

Permítaseme seguir un poco más un argumento ya esbozado. Tal vez porque el autoritarismo está tan socialmente implantado en Brasil, el aparato estatal ha sido y, sobre todo, ha aparecido, tan poderoso y tan decisivo, y ha acaparado tanto la escenografía de los grandes episodios de la vida nacional. Tal vez esta impresión esté demasiado influida por el contraste en este respecto entre Brasil y la Argentina (y, cada uno a su manera, con Chile, el Uruguay, Bolivia y Perú; México en esto me parece semejante a Brasil) pero me pregunto cómo puede *no* aparecer reinante un aparato estatal que, por un lado, ratifica y garantiza y, por el otro, se basa en una sociedad que, por lo menos hasta hace muy poco, ha sido tan prolijamente serial. Sin pretender hacer de esto una cuestión del huevo y la gallina (aunque estoy sugiriendo que no es tan seguro que sea el huevo), no deja de ser interesante que la sociedad política en Brasil haya sido casi tan débil como en la Argentina, pero por las razones opuestas en la Argentina las fuerzas no mediadas de la sociedad suelen arrasar los espacios potenciales para la política y para algún razonable grado de autonomía de un aparato estatal, por eso mismo, particularmente desarticulado. Esto, como he señalado, se debe a que esa sociedad, relativamente igualitaria pero no democrática, tiende a "autorrepresentarse", corporativamente y sin mediaciones, en las arenas públicas. En Brasil la fuerte serialización de la sociedad ha favorecido una inversión aún más radical de la relaciones sociales y políticas presupuestas por los moldes clásicos de representación política: simplemente, han habido poco que re-presentar en la política de una sociedad en la cual "los de abajo" no han logrado formas de organización ni identidades políticas relativamente autónomas de las clases y los sectores dominantes. A lo sumo, han accedido

a una "ciudadanía regulada"²² que, más que un canal para la expansión de derechos, ha ocluido espacios institucionales —y esto, hasta ahora— bajo cualquier tipo de régimen político. Sin la presencia en-tanto-ciudadanos de, al menos, buena parte de los sectores populares, hay poco sustento para que surja una sociedad política en la que aquéllos también sean *políticamente representados*, en una mediación que los reconozca en su doble condición de ciudadanos y de pueblo.²³

El espacio en el cual podría crearse en la Argentina una sociedad política —y en ella y con ella, un *régimen* democrático— fue arrasado por avalanchas de fuerzas sociales altamente organizadas, incluso del sector popular. En Brasil ese espacio es demasiado angosto, porque no se asienta en un sistema de representación en el que estén incluidos aquellos para los cuales tal mediación es diferencialmente más importante porque se encuentran en las capas inferiores de una marcada jerarquía social. Una sociedad política signada por esa ausencia es —toda ella, no sólo los *no* representados— intrínsecamente débil frente al aparato estatal; pero, insisto, esto no es así (aunque sólo fuera porque se supone que el poder es relacional) porque ese aparato sea "en sí mismo" tan poderoso.

Detengámonos un momento sobre esto. Con aquella ausencia, la sociedad política en Brasil es un espacio institucional tan angosto como elitista. Cuando las relaciones con el sector popular no son mediadas políticamente sino, en todo caso y como máximo, algunas de sus aspiraciones e intereses son prefiltrados en las cúpulas de la jerarquía social o del aparato estatal *antes* de hacerse materia de la política, entonces, en el más benévolo de los supuestos, las *policías* que "toman en cuenta" al sector popular tienden a reproducir en su paternalismo la jerarquización social que impide que aquél esté representado. A pesar de las ambigüedades y los debates con los que se rodea el tema de la representación, éste remite siempre a cierto carácter de *sujeto* de aquello que es representado; es decir a cierto grado de especificidad y autonomía —individual y/o colectiva— no subsumibles en los atributos de otro(s) sujeto(s). En este sentido, una sociedad política marcada por una ausencia como la comentada no corresponde a la de un régimen democrático —o, para ser más preciso, puede haber correspondido a la arquitectura social de las repúblicas oligárquicas, pero no puede hacerlo con un Brasil tan

22. Wanderley Guilherme dos Santos, "Praxis Liberal no Brasil", en *Ordem Burguesa e Liberalismo Político*, San Pablo, Duas Cidades, 1978.

23. Es decir de un conjunto relativamente desfavorecido y portador, por lo tanto, además de los derechos clásicos de la ciudadanía, de ciertas aspiraciones de justicia sustantiva; para una discusión de este punto, véase el capítulo 1 de mi ob. cit., *El estado...* (En el presente libro, véase el capítulo 2, "Tensiones en el estado burocrático-autoritario y la cuestión de la democracia" [N. del E.]

desigual social y regionalmente, aunque también tan complejo, industrial, moderno y dinámico—.

Por eso han importado poco tanto la sociedad política arrasada de la Argentina como la excesivamente angosta de Brasil. Ése ha sido el terreno que, sobre todo desde la sociedad en la primera, y sobre todo desde el aparato estatal en el segundo, ha sido eliminado o manipulado cuantas veces pareció "necesario" a los poderes principales que, como vemos, estaban en otras partes. Así, la democracia no tiene desde dónde funcionar ni, menos, consolidarse.

Obsérvese, de paso, que en sus períodos desembozadamente autoritarios, ese aparato estatal argentino, en tantos sentidos más débil que el brasileño, fue más plenamente autoritario; como ya he narrado, ya antes pero sobre todo a partir de 1976, ese aparato intervino, con insólita violencia, sobre casi todos los aspectos del cotidiano. En cambio, en Brasil, ese aparato estatal, tanto más dinámico y decisivo en otros planos, aun en sus momentos más autoritarios penetró mucho menos en la sociedad y se propuso metas mucho menos radicales respecto de ella. Dados los parámetros *ya vigentes* —que no tuvo que "ajustar" mucho— de una dominación fuertemente serializada y, convergentemente, de la ciudadanía regulada, ese aparato estatal de una formación social tan estatista fue mucho más *laissez-faire*, mucho menos intervencionista en el tejido de la sociedad, que el mucho más desarticulado y menos "pesado" aparato estatal argentino.

Tampoco se trata de decidir cuál fue "más estado" —si el que, en Brasil, tanto se extendió por el lado de la economía o el que, en la Argentina, tanto penetró la sociedad—, aunque seguramente podemos concordar que, además de la mucho mayor represión que aplicó, esa capilaridad hizo del argentino un estado mucho más autoritario que el brasileño. De lo que se trata es de ver, en este juego de espejos, ciertos patrones típicos —y diferentes— en la articulación y desarticulación del poder en nuestros países.

VII

En Brasil, con una "paz social" que había sido poco sacudida por los procesos pre 1964 y previa purga de una angosta sociedad política, los gobiernos de ese régimen autoritario pudieron, durante unos cuantos años, ocuparse de "las otras cosas": fundamentalmente, gerenciar el veloz crecimiento y transnacionalización de la economía. En la Argentina, el "caos" en la sociedad era, al contrario, el problema. Era allí donde todo estaba, para los golpistas, fuera de lugar. Nada podía proponerse seriamente, ni las cruentas victorias valdrían, si no se lograba destruir las bases de tal "desorden". Había que liquidar la "Argentina maldita", destruyendo para siempre

las identidades políticas del sector popular, sus sindicatos, sus servicios sociales, sus insolencias en los mano a mano con sus "superiores" y hasta buena parte de las fábricas en las que esa plaga tenía su eje. Por eso los represores no quisieron atarse las manos siquiera con la muy autoritaria legislación que ellos heredaron y acentuaron, ni nada podía hallarse tan lejos de la política económica como una intención de crecimiento: en todo caso, una y otra cosa ocurrirían más adelante, cuando se hubiera completado aquel, como se decía en la época, "indispensable saneamiento". Brevemente, lo que poco preocupaba a los dirigentes del BA brasileño era el corazón mismo del problema, según lo definían los del argentino. Volviendo por un momento a Chile, tanto la represión aplicada como el *pathos* destructivo de su política económica y social fueron semejantes a los de la Argentina porque también allí, aunque de formas como hemos visto diferentes, según los golpistas había que "poner en su lugar" al sector popular y destruir para siempre las bases que le podrían permitir "desubicarse" nuevamente.

En Brasil, el veloz crecimiento e internacionalización económicos acabaron mostrando, ya antes del gran ahogo de la deuda externa, la curva exponencialmente creciente de los costos de tanto éxito. También, aun en este autoritarismo relativamente moderado, la lógica devoradora de la represión acabó mostrando, a sus propios inventores e iniciales beneficiarios, los inmensos peligros de ese violento y secreto y, por qué no ambas cosas, finalmente, loco poder. Incluso la soberbia triunfalista del poder estatal acabó por alarmar a esa inmensa y exagerada ganadora del período: la burguesía brasileña.

Esas tensiones, bastante antes de que la crisis económica acentuara esos y otros problemas, esbozaron los primeros espacios desde los cuales, con lucidez y coraje, otras voces comenzaron a alzarse. En la Argentina (y, aunque con ritmo más lento, también en Chile y el Uruguay) el éxito del régimen, al contrario de Brasil, se mide en lo mucho que logró destruir. Y su abismal fracaso se muestra en el resurgimiento, aunque debilitado por la novedad del masivo desempleo y el hambre, de un sector popular haciendo, más a través de los sindicatos que del peronismo, una vigorosa política corporativa que tiene, como nunca, justas reivindicaciones después de los castigos que se le impusieron desde 1976.

En ambos países los caminos me parecen tan claros como difíciles de recorrer. En la Argentina se trata, casi diría obviamente, de si *esta vez*, en condiciones objetivamente más desfavorables que nunca (debido a la particular urgencia de las demandas de cada sector y clase social en un contexto de drástica reducción de los bienes materiales disponibles y de enorme inflación) pero, tal vez, subjetivamente más favorables (debido al aprendizaje de la autodestructiva dinámica del corporativismo anárquico que algunos parecen haber hecho), dejamos de meternos la trompa en cada cruce,

si no de las calles (esperanza excesivamente utópica), de las fuerzas sociales que estos años no lograron destruir. Tal vez ahora se pueda construir una sociedad política que tendrá, desde sus comienzos, la marca de una activa presencia del sector popular a través de sus organizaciones sociales y —esperemos— de relativamente autónomas (no sólo ni tanto del estado, como de aquellas organizaciones y, por supuesto, de las de otras clases y sectores sociales) instituciones políticas. *Wishful thinking?* Posiblemente, pero si no se llega a establecer ese sistema de mediaciones poca duda cabe —y la gran novedad, fundamento de la esperanza, es que no pocos dicen haber aprendido esto— que seguiremos a los tumbos y cuesta abajo (otro título de tango).

En Brasil, como siempre, la cosa es más matizada, menos todo o nada. La transición que comenzó en 1974 se transformó parcialmente con las huelgas de 1978 y 1979 y luego declinó su ritmo, hoy —con una crisis económica particularmente dramática para un país tan envidiado en crecer— plantea con características tan alarmantes como promisorias, el también hasta ahora irresuelto enigma de constituir una sociedad política y, tras ella, un régimen democrático. La virtud del proceso vivido desde 1974 y, en particular, de la crisis que hoy se padece, parece ser que, más allá de las interacciones entre políticos y miembros de la cúpula del aparato estatal, están entrando en juego otras tendencias, que pueden llevar a una significativa des-serialización de la sociedad brasilera, al menos en los centros urbanos que concentran a importante parte de la población.

Si el estilo pretoriano de hacer política en la Argentina ha generado las espirales descritas, el estilo sumamente elitista de hacer política en Brasil ha llegado a su punto de retornos decrecientes. Simplemente, una política democrática en una sociedad de la complejidad de Brasil sólo puede ser una política razonablemente representativa, incluso de sectores —populares—, cuya ciudadanía difícilmente pueda ser postergada sin una represión, cualquiera que sea la forma del régimen, más profunda y capilar que la hasta ahora practicada en Brasil. Una política en la cual los discursos, más o menos progresistas y democráticos, desde los partidos y el Congreso, tienen que dirigirse —porque el hiato con la sociedad existe más allá de lo que cada discurso postula— mucho más hacia el aparato estatal que a la sociedad sólo ratifica la debilidad de la sociedad política y, atrás de ella, de los vastos segmentos de la sociedad que aquella escasamente logra representar. Así, de una relación de fuerzas resultante más de aquel hiato que de algún sustantivo poder del estado surge, por ejemplo, lo que debe de ser el récord mundial de estratagemas de legislación electoral, reiterada e impunemente impuestas. Amigo y solidario de políticos democráticos en la Argentina y Brasil, aleccionado además por saber que ellos no ignoran estos problemas y que poco puedo yo avanzar —ni tal vez sea ésa la cuestión— en cómo supe-

rarlos, a veces siento que en la Argentina esos políticos son devorados por el corporativismo anárquico y que, en cambio, en Brasil parten, contra sus intenciones, a girar en la órbita del estado porque hay pocos lazos que los amarren a la fuerza de gravedad de la sociedad.

Los padecimientos de la Argentina y Brasil tienen, aparte de sus lamentables aspectos, la ventaja de plantear problemas que de otra manera pueden seguir postergados o ignorados. En Brasil, tal vez el mayor problema sea que los límites de la "normalidad" históricamente aprendida por los "de arriba" son demasiado estrechos para una razonable normalidad democrática.

Por eso, lo que hoy se llama crisis política y social es —al menos en parte— condición de posibilidad para que Brasil pueda darse a sí mismo un régimen de democracia política. Que hay y seguirá habiendo huelgas, algunas tal vez más "justificables" que otras; que el gobierno cada día gobierne menos variables económicas y políticas que hasta no hace mucho algunos se regocijaban y otros protestaban porque controlaba tan férreamente; que segmentos populares y medios comiencen a invadir la sociedad política y, a veces, imponerle ritmos, problemas y dilemas "inconvenientes" para la continuidad del tradicional posicionamiento de aquella frente al estado; que la violencia urbana salga de las *favelas* y alimente terrores de los sectores altos y medios; y, por supuesto, que la crisis económica no sólo castigue con dureza a los pobres —lo cual es tanto más "normal" cuanto menos representados están en las grandes arenas nacionales—, sino que también hoy afecte a los muchos que, como el régimen, creyeron que el "milagro" iba a durar para siempre. Todos esos temas subyacen hoy a las especulaciones sobre si las fuerzas armadas continuarán abriendo paso a los civiles o si volverán a invadir el aparato estatal para exorcizar desde allí autoritariamente esos —para Brasil— insólitos o, en todo caso, olvidados desórdenes.

VIII

No trato aquí de analizar las transiciones en Brasil y la Argentina. El tema de este ensayo siguen siendo ciertos aspectos que marcan diferencias que cada país debe procesar de maneras también diferentes. Chile tenía (y el Uruguay, a su manera, también) y es probable que vuelva a tener, una sociedad política realmente mediadora entre estado y sociedad —aunque lo ocurrido allá muestra que tal logro es condición necesaria pero no suficiente para consolidar una democracia—. No ya para llegar a una democracia, pero sí para consolidarla, el problema principal de la Argentina es fortalecer la sociedad política frente a los embates de la sociedad; en otras palabras: defender los espacios de generalización de intereses del sofoco del corporativismo anárquico. Tanto para llegar —finalmente, después de este

largo proceso— a una democracia, como para consolidarla, el problema principal de Brasil es fortalecer la sociedad política frente al aparato estatal; lo cual sólo puede lograrse haciendo a aquélla mucho más representativa de la sociedad, lo que no me parece posible sin importantes cambios en su serialización.

Una sociedad que se somete a "*Você sabe com quem está falando?*" está tan autoritariamente articulada que tiene escasa fuerza para empujar, más allá de las libertades que, por sus propias razones, los que *falam* pueden concederle. Una sociedad así tiende a generar regímenes autoritarios más seguros de sí mismos, probablemente más exitosos y menos represivos que la argentina. En una sociedad así es —puedo garantizarlo— mucho más agradable ser miembro de la "élite"; uno se acostumbra a un trato servicial de los "inferiores" que hay que olvidar en otras culturas. Debido a estos y otros aspectos —incluyendo el goce momentáneo de la ritual reversión de todo eso en el carnaval—, tal vez sea particularmente difícil que los sectores y las clases dominantes brasileños cedan de razonable buena gana parte de sus extraordinarios privilegios.

Una transición controlada desde 1974, tan celosamente que ya se ha prolongado por un lapso insólito en el siglo XX, donde las cuentas por horrores cometidos en el pasado reciente son comparativamente escasas —y nadie parece querer removerlas—, donde el sector popular apenas asomó la cabeza en las huelgas de 1978-1979 para luego retornar a un nivel de protesta que sería considerado idílico por los conductores de otras transiciones,²⁴ donde sólo ahora comienza a aparecer ese gran fantasma de otras transiciones (la protesta de sectores medios que viven, con ambiguas connotaciones políticas, el deterioro de su situación económica), donde la derecha controla parte nada insignificante de los votos, donde ninguno de los partidos y candidatos con algún caudal electoral actual o previsible amenaza los parámetros básicos —capitalistas— de Brasil (por otro lado vigorosamente legitimados durante estos años, atrás de los éxitos y las desventuras del régimen), donde —finalmente, para cortar una lista casi interminable— esa oposición, cuando como hoy gobierna varias provincias, reconociendo básicas realidades de la distribución del poder y, también, ratificando el estilo de la política brasileña, se esmera en encontrar áreas de coincidencia y cooperación con el gobierno nacional —una sociedad y una transición así, sólo debido a una extraordinaria rigidez por parte de los de "arriba", sólo por un apego históricamente absurdo a un conjunto de privilegios insólito en la sociedad mo-

24. Hago esta afirmación sobre la base del estudio de transiciones en Europa meridional y en América latina, cuyos resultados se publicaron en Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Laurence Whitehead (comps.), *Transitions...*, ob. cit.

derna y compleja que Brasil es, y sólo por un *pathos* autoritario que no necesitó mostrarse tanto mientras la sociedad estuvo tan prolijamente ordenada y el progreso parecía un eterno regalo—, sólo por esas —comparativamente, al menos— tan pobres razones, los mandones, que como bien sabemos también abundan en Brasil, podrían conseguir apoyo suficiente para abortar la democracia que intente entreverse.

IX

Este ensayo llega a su fin, no porque vaya a desembocar en las conclusiones sino porque voy a acabar por el comienzo. Aunque no siempre haya sido evidente, aquí se trató todo el tiempo de la democracia en nuestros países, vista desde el lado de algunos antidemocráticos inconvenientes y de algunas posibilidades de superarlos o, al menos, soslayarlos. Simplemente, no se puede (en realidad, se puede, pero las consecuencias no suelen ser positivas) mandar a la mierda o meterle la trompa a un poder más fuerte y acostumbrado a afirmarse de cuando en cuando con tanta violencia como buena conciencia. Por otro lado, uno se puede callar la boca y actuar como quiere *quem está falando*. Pero entonces algunos se acostumbran demasiado a *falar*, por ellos mismos y por los que *não falam* y se irritan cuando algunos, aun sin subversivas aspiraciones ni palabrotas, pretenden decir algo por su cuenta. Detrás de ambas situaciones hay grave ausencia de ciudadanía. En la Argentina, no sólo los trabajadores, sino también los sectores medios y la burguesía —todos ellos— han sido demasiado eso y demasiado poco ciudadanos; el corporativismo anárquico y las espirales fueron la consecuencia. En Brasil, algunos son demasiado burgueses y pequeño-burgueses, y están muy acostumbrados —demócratas o no, en su fuero íntimo— a monopolizar el discurso en la sociedad, en la política y en el estado. Otros, en cambio, a pesar de sus títulos formales y su voto, casi no son ciudadanos; no pocos de ellos, incluso, aunque trabajen *pra burro*,^{*} apenas son reconocidos como trabajadores.

En tales condiciones, la Argentina ha estado programada para generar democracias episódicas y multitudinarias, abortadas por golpes cada vez más brutales. Brasil, por su lado, parece programado para democracias lánguidamente elitistas y fácilmente prescindibles no bien insinúen dejar de serlo. Atrás de estas frágiles flores está, en la Argentina, una sociedad política tan invadida por la representación corporativa que casi no existe y, en Brasil, una sociedad política que representa tanto a algunos y tan poco a

* Trabajar en exceso, equivalente a la expresión rioplatense "como negro" [N. del E.].

otros que no se constituye en el escenario donde pueden desempeñarse los dramas y las comedias de la democracia, aunque los actores que ya están en ese escenario lleguen a tratarse muy democráticamente entre ellos.

En ambos casos, no es sólo ni tanto el estado el que debe ser democratizado, sino la sociedad. Sin pretender utopías ni imaginar revoluciones, pienso en una democratización razonable. Con este riguroso concepto quiero decir, respecto de la Argentina, que las fuertes identidades colectivas horizontales –en tanto miembros de clases, sectores y fracciones sociales– tendrían que verticalizarse; esto es, deberían atenuarse mediante el complemento de identidades en tanto ciudadanos que descubren y comparten un no despreciable interés en que se establezcan ciertas estables y predecibles mediaciones entre sus –de otra manera– crudos intereses. En cuanto a Brasil, quiero decir exactamente lo contrario, pero que apunta a lo mismo: que, en lugar de ser tan vertical y fragmentadamente sometidos por los de arriba, en todos los planos –desde los que descubre Da Matta hasta una exitosa y nada anárquica corporativización– los sectores populares logren desarrollarse (sin necesidad de caer en las exageraciones argentinas; por ahora la exageración es hacia el otro lado) identidades horizontales, vividas como tales, para dibujarse como sujetos colectivos representables en la sociedad política.

Mirando la historia de ambos países, tanto una como otra cosa parecen improbables; sería fácil escribir el sesudo estudio que mostraría por qué ellas son prácticamente imposibles. Sin embargo, tengo la impresión –por eso escribí este engendro– que, por esas curiosas contorsiones de la historia, autoritarismos y crisis mediante, esos cambios, diferentes en su trazado pero convergentes en su eventual desemboque, han pasado a ser posibles. Para ello no debería hacer falta que el pueblo argentino dejara de marcar y demandar sus derechos, ni que el *povoão* brasilero pierda lo mucho de auténticamente cordial que tiene. En ambos países, y en ambos sentidos, el argumento de estas páginas es que, mucho más que acomodarse a las paranoias de los poderosos, la construcción de la democracia en Brasil y la Argentina implica descifrar, cada una a su manera, el hasta ahora irresuelto enigma de ambas: la constitución, en el contexto de un régimen democrático, de la representación política del sector popular. Algunos criterios –o, si se quiere, condiciones necesarias– para ésta, para Brasil, poco original y, para la Argentina, tal vez polémica, conclusión, quedan sugeridos. Respecto de la Argentina, deshorizontalizar en parte y, a partir de ello, politizar en un sentido más propio (más ligado a partidos y, en general, a una sociedad política más autónoma) esa sociedad intensamente movilizadora. Respecto de Brasil, horizontalizar las identidades colectivas populares, defendiéndolas del inmenso poder de succión de una arquitectura social tan clientelística y corporativa y, por lo tanto, tan estatista. A partir de ello sería posible representar

políticamente identidades²⁵ que tendrían como predicado un sujeto colectivo razonablemente dibujado en ese mapa, inmensamente complejo y variado, que es la sociedad brasilera. Después de todo, no veo cómo una democracia que pueda irse expandiendo y consolidando podría dejar de sustentarse –entre tantas otras cosas– en encuentros y relaciones sociales donde el otro no se sometería, pero tampoco mandaría a la mierda, al que pretendió *falar* primero y más fuerte.

25. En pánico por los malentendidos que este ensayo puede despertar, advierto que uso estos términos en plural. No creo que sea probable ni que haya metafísica necesidad de que se vaya perfilando una identidad política colectiva popular; ni siquiera creo que sea conveniente, finalmente, para nadie. Se trata de identidades que, influidas por factores que suelen ir desde lo más "estrictamente" estructural hasta lo más "puramente" ideológico, expresan las variadas –y cambiantes a lo largo del tiempo– formas en que los sectores populares se van entendiendo a sí mismos y en sus relaciones con otros sectores sociales y políticos.